

Una Incógnita y un Ciclo

por Sebastián Salazar Bondy

Es muy necesario en los días que corren, tanto por el carácter afirmativo que debe prevalecer en todo acto tocante al espíritu —en contraposición y como antídoto del decaimiento que inspiran algunas ideas y corrientes actuales del pensamiento— cuanto por la misión que todo hombre perteneciente a una comunidad en trance de definición tiene en el sentido de dar todo cuanto sabe a los demás, con el fin de despejar la incógnita del ser nacional, tratar de clarificar lo que es diferencial y propio de la cultura peruana. Desde no hace mucho, como consolidación del esfuerzo que a principios de siglo se inició, investigadores y ensayistas están entregados a la tarea de analizar, cada cual en su campo, los elementos que pertenecen esencialmente a lo peruano, y es llegada la hora, según parece, de pasar a una nueva etapa: la de reunir esas contribuciones personales para incorporarlas al saber colectivo, a ese trasfondo comunal que se identifica como tradición. La tradición que no es, como se quiere a veces, un baile, una bebida, cierto plato picante, etc., sino la gran vivencia de un pueblo, su modo de ser, su estilo.

Hay algo a lo que se puede llamar "arte peruano", aunque el adjetivo, en ese caso, repugne al concepto mismo del arte que es, según se expresa, universal, libre de limitaciones fronterizas. Pero, ¿qué es eso? La antigüedad nos brinda ciertos ejemplos bellos, pero no vigentes; el pasado inmediato nos ofrece testimonios de un anhelo refundidor, no siempre logrado; el presente nos muestra casos de sujeción al ayer o de independencia, que conviene analizar. De otra parte, hay lo que es autóctono y lo que es

influjo externo, lo que constituye creación espontánea y remota, y lo que es elaboración posterior de aquello que proviene de fuera. En fin, no está aún bien determinado el alcance y trascendencia de cada uno de los ingredientes que forman esa totalidad que sumariamente llamamos "arte peruano". Tampoco, por cierto, se ha dicho todavía la relación estre-



cha que existe entre lo universal y lo nacional, y entre aquello y lo cosmopolita, con lo cual se lo confunde tan frecuentemente. Desbrozar las palabras y sus significaciones de lo que no le es rotundamente propio es tarea que no puede postergarse.

De ahí que el ciclo de charlas sobre el arte peruano que "Insula" de Miraflores ha iniciado ayer sea, en principio, un intento plausible de cotejar las verificaciones y conclusiones de los investigadores que en dicho tema han ahondado desde sus particulares puntos de vista y hacia sus específicas metas. Luis E. Valcárcel, José Matos, Emilio Harth-Terré, Manuel Solari Swayne, Arturo Jiménez Borja, Enrique Camino Brent,

Fernando Romero y Héctor Velarde, ocuparán la tribuna del salón de actos de aquella entidad del balneario sureño para desplegar el panorama de nuestra historia artística en la convicción de que sólo la incorporación del pasado al presente puede darnos la pauta para el quehacer futuro. Loable symposium —convite de ideas— éste en donde profesores de diversas ramas del saber se suceden en la divulgación de los frutos de su trabajo individual. El público que los siga podrá, como es lógico, reunir en un solo haz los conocimientos que los expositores ahí viertan, tal como se concibe la indagación de muchos en torno a una sola interrogación: como afluentes intelectuales de un solo torrente, el de nuestro propio conocimiento.

Educación —y esclarecer el enigma peruano, en el arte o en otra disciplina, lo es— se impone aquí como un deber de todos aquellos que se han entregado al estudio. "Insula" asume esa obligación moral al ponerse al servicio de una causa tan decisiva como el reencuentro de la nacionalidad consigo misma en su ciclo sobre arte peruano. Todavía no estamos en condiciones, la mayoría de los países latinoamericanos, de poder contestar a la pregunta de qué es y en qué consiste nuestra cultura, y salvo, tal vez, México, nos hallamos todos en proceso de buscar sus signos característicos. Por eso es que cualquier esfuerzo local sea, al mismo tiempo que un avance de lo exclusivo del país en que se produce, un grano de arena que se añade a la labor que es común a todo el continente. Así se afirma tajantemente en un mundo y una era en que una ola de negaciones amenaza ahogar al hombre.